

Ángel Moreno, de Buenafuente

TE HABLARÉ AL CORAZÓN

**Lectura orante
de la Sagrada Escritura**

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

ÍNDICE

La lectura creyente, breve reseña histórica 7

Introducción. El origen bíblico. Testimonios históricos. Tema de Actualidad. Oración antes de la *lectio divina*.

Primer paso: Preparación 21

Disposiciones previas. Necesidad de un tiempo adecuado. El silencio. La dificultad del cambio de ritmo. Desierto, lugar de la Palabra. Experiencia de amor. Apotegmas del desierto. Cuestiones.

Segundo paso: Lectura de la Biblia 39

La lectura de la Biblia. Leer para grabar en la memoria. Lectura sosegada y atenta. Lectura agradecida. El sacramento de la Palabra de Dios. Conocer las Sagradas Escrituras. Escuchar la Palabra. Amar la Palabra. Creer en la Palabra. El poder de la Palabra. Algunas claves para comprender mejor los textos. Lectura cristológica. Lectura litúrgica. Cuestiones.

Tercer paso: Meditación	61
<p>La meditación. Meditar la Palabra. Algunos avisos para meditar la Palabra. Ejercicios de meditación. ¿Qué me quiere decir Dios? Tiempo de meditación. Meditación y memoria. Frutos de la meditación. Las mociones. Cuestiones.</p>	
Cuarto paso: Oración	81
<p>El paso de la oración. La oración cristiana. Orar con la Palabra. Práctica de la oración. Respuesta a Dios con su Palabra. Orar desde la Palabra de Dios. Orar la Palabra. El maestro de oración. María, mujer orante de la Palabra. Orar con la Iglesia. Invitación. Cuestiones.</p>	
Quinto paso: Contemplación	103
<p>Fruto de la oración. La contemplación. Transfiguración. Más allá de los conceptos. Puestos los ojos en el Señor. Déjate mirar. "Amor saca amor". Cuestiones.</p>	
Sexto paso: Discernimiento	125
<p>El discernimiento. Discernimiento de la Palabra. Práctica del discernimiento. A la luz de la Palabra. El recurso actual al discernimiento. Necesidad del discernimiento. A lo largo de un proceso. Señales providentes. Posible método. Cuestiones.</p>	
Séptimo paso: Frutos de la <i>lectio divina</i>	143
<p>Final del proceso. El coloquio. Límites en la expresividad orante. Frutos de la <i>lectio divina</i>. Cuestiones.</p>	
Bibliografía de la <i>lectio divina</i>	153
Abreviaturas	156

INTRODUCCIÓN

Hoy crece la práctica de la *lectio divina*, y no como una vuelta al pasado, sino como una realidad viva y actual. El nombre no indica un retorno al latín, sino que se refiere a toda una historia de experiencia teológica. La expresión latina nos introduce en la memoria, incluso fonética, de lo que han practicado muchos que se han acercado a las Sagradas Escrituras con fe. Nuestro deseo es gustar lo que tantos cristianos, a lo largo de los siglos, han saboreado, el don de la Palabra de Dios.

La lectura creyente de las Sagradas Escrituras nos lleva al conocimiento de los Libros Sagrados y a su comprensión por la Iglesia a lo largo de la historia. Significa la lectura atenta y creyente de la Biblia, no para satisfacer la curiosidad intelectual de manera dominadora, sino para alimentar la vida de fe. Es el ejercicio ordenado y metódico del encuentro personal o comunitario de la Palabra de Dios. Designa la lectura arrodillada de la Escritura. Es también la “lectura existencial de la Palabra” (Ballano). “La Palabra rezada.” (Diccionario Teológico de la Vida Consagrada). “Leer la Biblia de un modo vivo” (M^a Trinidad Cabrero).

Cuando se dice *lectura de las Escrituras*, no significa solo la mera acción de leer, comprende también la escucha posible del texto sagrado. La Palabra divina exige relación amorosa, acogida entrañable, respeto sagrado. Cabe hacer lectura individual o comunitaria. La Iglesia ofrece en el ordenamiento de la Liturgia de la Palabra los diferentes ciclos dominicales: “A”, “B”, y “C”, y diarios, “ciclo par”, “ciclo impar”, en que se proclaman los textos más relevantes de la Biblia, que pueden meditarse personalmente o escucharse en las celebraciones eucarísticas.

EL ORIGEN BÍBLICO

Si se contextualiza la *lectio divina*, cabe observar que su práctica ya viene citada desde el principio del cristianismo, e incluso antes. El salmista reza: “Día y noche (tu ley) la estoy meditando”. Jesús aparece en la sinagoga de Nazaret en la celebración del sábado, donde abre el rollo de Isaías, lo lee, lo cierra y lo explica; gestos que nos demuestran que la *lectio* es una actividad religiosa anterior a los tiempos de Jesucristo (Cf. Lc 4, 16). La Madre de Jesús, “por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2, 19), expresión que concentra el método de la *lectio*. Los Apóstoles subían al templo a las oraciones (Act 2, 46), “Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la hora nona” (Act 3, 1). La forma de vida apostólica fue una referencia permanente entre los que buscaban el seguimiento radical de Cristo (Act 4, 32-35). Y se propone como modelo la vida de las primeras comunidades: “Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Act 2, 42).

TESTIMONIOS HISTÓRICOS

En la historia de la Iglesia, encontramos la referencia a la *lectio divina* en Orígenes (184-253), en su carta a Gregorio Taumaturgo (213-270). San Atanasio nos da un testimonio elocuente en *Vita Antonii* (251-356), al narrar la conversión del padre de los monjes mientras escuchaba el Evangelio. En la vida de san Jerónimo (347-411) se relata su famoso sueño. Cuentan que tuvo terribles pesadillas; soñó que se moría, y cuando fue conducido al tribunal de Dios e interrogado acerca de su condición, al responder: «Soy cristiano», oyó: «Mentira, eres un ciceroniano». Y el juez mandó que lo azotaran duramente. Esta tradición ha sido la fuente de las representaciones icónicas en las que se muestra a san Jerónimo semidesnudo y penitente, y la razón de su retiro a las cuevas donde se venera el nacimiento de Jesús. De san Jerónimo son los consejos para permanecer en el ejercicio de la *lectio divina*:

“Lee con mucha frecuencia y aprende como la que más, que el sueño te sorprenda con el libro en la mano y que cuando caiga tu rostro, vencido por él, lo reciba la página santa”.

En su carta a Eustoquia escribe: “Nunca la lección sagrada se te caiga de las manos”. San Agustín (354-430), confiesa cómo le ayudó a su propia conversión el ejemplo de san Antonio y san Jerónimo.

En los Padres latinos, la expresión *lectio divina* aparece en la Regla de san Agustín (354-430). San Benito (480?-546?), quien hereda todos estos escritos, se hace eco de ellos en su Regla. En el prólogo, señala una de las claves

del método que estudiamos: “Escucha, hijo, los preceptos del Maestro y préstales el oído de tu corazón”. En el c. XLVIII prescribe la lectura de los libros santos y al comienzo señala que los monjes deben ocuparse “en el trabajo manual y en la *lectio divina*”. Incluso cuando las manos se ponen en la tarea, los textos leídos y grabados en la memoria sirven para ser recitados mientras se trabaja; así se permanece en el principio mayor benedictino: “buscar enteramente a Dios”.

San Anselmo (1033-1109), en el prólogo a *Oraciones* da una visión sobre la *lectio, meditatio* y *oratio*. Describe cómo se ha de leer con calma, sin prisa, para suscitar el ánimo del lector hacia el amor de Dios y su estudio. Por algún tiempo se creyó que fue san Anselmo el autor de la *Scala Paradisi*, en la que se describe el método de la *lectio divina*. San Bernardo (1090-1153), difusor del Cister, instruye en la línea afectiva y en el saboreo de la Palabra; prueba de ello son sus sermones y comentarios a diversos libros de las Escrituras, fruto de una lectura sapiencial y amorosa. A él se debe la apertura a la relación con la humanidad de Cristo de una manera sponsal.

En resumen, los benedictinos (s. VI), de alguna manera los canónigos regulares, cuyas reglas fueron unificadas en 817, que dependen mucho de san Agustín y de san Benito, los cluniacenses, los monjes negros (s. IX), los cartujos (san Bruno muere en el 1101), y los cistercienses, los monjes blancos (s. XII), están regidos por la espiritualidad de la Regla de san Benito, en concreto en lo que se refiere a la *lectio divina*, práctica insertada en la escuela del “divino servicio”.

Entre los cartujanos, en relación con la *lectio divina*, destaca Guigo II (+ 1188). Este monje, en 1150, escribe

un breve tratado, que en principio se atribuyó indistintamente a san Agustín, a san Anselmo y a san Bernardo, pero después, por la nota que antecede al tratado, según un manuscrito hallado en la cartuja de Colonia, se ha descubierto que pertenece a Guigo, monje cartujo. Al tratado se le ha llamado *Escala claustral* y también *Scala Paradisi*; con este título aparece en la patrología latina. En él encontramos estructurados y descritos los pasos sucesivos que se deben dar, o peldaños por los que subir a la cima de la contemplación, y son: lectura, meditación, oración y contemplación. Con frases cortas y directas, el autor describe el fruto que produce la estancia en cada uno de los peldaños de la escala:

“La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide y la contemplación la saborea. La lectura lleva comida sólida a la boca, la meditación la mastica y rumia, la oración prueba su gusto y la contemplación es la dulzura misma, que alegra y recrea. La lectura llega a la cáscara, la meditación penetra en el interior, la oración formula el deseo y la contemplación es el gusto de la dulzura ya alcanzada”.

En el itinerario testimonial de quienes han sido afectados por la lectura de la Palabra de Dios, es clásico el pasaje de la vida de san Francisco (1181-1226), en el que se nos narra cómo inició su Regla abriendo por tres veces los evangelios.

“Tomó el misal, y haciendo la señal de la cruz lo abrió tres veces en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. La primera vez salieron aquellas palabras que dijo Cristo en el Evangelio al joven que le preguntó acerca del

camino de la perfección: «Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y ven y sígueme». La segunda vez apareció lo que dijo Cristo a los apóstoles cuando los mandó a predicar: «No llevéis nada para el camino, ni báculo, ni alforja, ni calzado, ni dinero», queriendo enseñarles con esto que todo el cuidado de la vida debían fiarlo a Dios, sin tener más mira que la predicación del santo Evangelio. A la tercera encontraron aquel consejo de Cristo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Dijo entonces San Francisco a Bernardo: «He aquí el consejo que Jesucristo nos da...».

Santa Teresa de Jesús (1515-1582) evoca en sus escritos constantemente los pasajes evangélicos, sobre todo los que se refieren a los pasos de la pasión de Cristo, y si se recuentan las escenas que medita, se llega a descubrir que ha leído y orado los relatos evangélicos. Sufre mucho cuando se le retiran los libros en romance.

El Concilio Vaticano II aconseja el “retorno a las fuentes” y ningún manantial más claro que la Revelación divina y la *receptio* que de ella han hecho los creyentes y santos de todos los tiempos.

“La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios. (...) En los Libros Sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (DV 7).